

Homilía del **MONS DEMETRIO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ**  
en el sexto domingo de Pascua, “Pascua del enfermo”.

Córdoba, 9 de mayo de 2010

*Dando vida, sembrando esperanza*

“El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14,23).

Dios quiere poner su morada en nuestro corazón. Dios quiere convivir con el hombre, hacerle de su familia, darle a participar de su vida y de sus dones. Es lo que llamamos la inhabitación de las Personas divinas en el alma del que vive en gracia, algo asombroso para el hombre.

Ya desde antiguo Dios ordenó a Moisés que en el campamento itinerante estableciera la tienda del encuentro, la tienda de Dios en medio de su pueblo, donde Moisés hablaba con Dios como un amigo habla con su amigo. Pasados los siglos y asentado el pueblo elegido en la tierra prometida, Dios mandó a David construir un templo.

El templo era el lugar de la epifanía de Dios, de la cercanía de Dios en medio de su pueblo. El templo era el lugar de la oración, de las ofrendas, de los sacrificios, de la enseñanza. Destruído aquel templo, fue reedificado a la vuelta del destierro.

Y cuando llegó Jesucristo en la plenitud de los tiempos, él mismo se presentó como el templo de Dios, es decir, como la morada de Dios entre los hombres. “El Verbo se hizo carne y acampó ente nosotros” (Jn 1,14), puso su tienda entre nosotros. Destruíd este templo y en tres días lo reedificaré. Él hablaba del templo de su cuerpo.

Cuando Jesucristo sube a los cielos nos promete el Espíritu Santo, que será enviado en Pentecostés, para que ponga su morada en nuestro corazón. El nuevo templo es Jesucristo, en quien habita la plenitud de la divinidad. Y él nos ha convertido en templo vivos, lugares en los que Dios habita por la gracia.

El cristiano vive esta gozosa realidad: Dios vive en nuestro corazón de manera real, quiere entablar con nosotros un coloquio amoroso y transformante. Tenemos huéspedes en nuestro corazón, las tres Personas divinas. Prestemos atención a esta presencia, que nos hace vivir continuamente acompañados. Algunos santos, como la beata Isabel de la Trinidad han explicado de manera preciosa esta realidad. La oración es el clima adecuado para cultivar esta presencia, este trato, este coloquio de

amor. La oración cristiana es la conciencia de la presencia amorosa de las Personas divinas en el alma. Preparemos la venida del Espíritu Santo, ya cercana la fiesta de Pentecostés, y acojamos al dulce huésped del alma en nuestros corazones.

En el tiempo de Pascua celebramos especialmente la vida nueva que brota de Cristo Resucitado y se nos comunica en el bautismo y en los sacramentos. Por eso, este es tiempo de especial frecuencia de sacramentos: bautismos, primeras comuniones, confirmaciones, bodas. Durante el tiempo de Pascua la vida de la iglesia se intensifica a todos los niveles.

También los enfermos tiene esta celebración especial que llamamos la “Pascua del enfermo”, que junto a la Jornada mundial del enfermo del 11 de febrero (Ntra. Sra. de Lourdes) constituye una cita anual para estar más cerca de los que sufren y acoger también en la enfermedad el don precioso de la Pascua. Dentro de esta celebración será administrado el sacramento de la Unción de los enfermos.

Damos gracias a Dios por los 25 años de la Jornada eclesial del “Día del enfermo”. Fue en 1985 cuando el Papa Juan Pablo II con el motu proprio *Dolentium hominum* constituía el Pontificio Consejo para la pastoral de los Agentes sanitarios, a fin de coordinar las instituciones católicas, religiosas y laicas, dedicadas a la pastoral de los enfermos.

La Iglesia tiene siempre presente a Jesucristo, su Señor y su maestro. Y obtiene fuerzas continuamente para atender a los enfermos de la parábola del buen samaritano, en la que Cristo se autoretrata y termina diciéndonos: “Vete y haz tú lo mismo”

“Al verlo tuvo compasión; y acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y cuidó de él. Al día siguiente sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo “cuida de él, y si gastas algo más, te lo pagaré a la vuelta” (Lc 10,33-35)

El mundo de la salud abarca muchos aspectos de la vida humana. Podemos decir incluso que es una dimensión transversal de la existencia de toda persona y es una realidad social. Todos estamos sometidos, en un momento o en otro, a la quiebra de nuestra salud y todos cuando vivimos tales momentos estamos deseando recuperar la salud, llevar una vida saludable.

Al servicio de las personas que sufren están sobre todo sus familiares. Cuando alguno enferma, toda la familia enferma y vive el proceso de la

enfermedad del padre o de la madre, del hijo, del hermano, etc. Está todo el personal sanitario y de servicio: médicos, enfermeros, administrativos, personal de servicio. Están todos los voluntarios que desde las parroquias o grupos altruistas atienden a los más necesitados.

En estos grupos de voluntariado abundan los jóvenes, que ponen sus energías al servicio de las personas que sufren, al tiempo que ellos mismos reciben el testimonio de los enfermos, la gratitud por sus servicios y el aprendizaje de la humana sabiduría que se curte en las ocasiones de dolor. Y entre las personas dedicadas a los enfermos destacan tantos consagrados y consagradas, que siguiendo el carisma de sus fundadores, entregan su vida entera a la atención de los enfermos.

Entre estas personas consagradas a Dios para servir a los enfermos se encuentran también los sacerdotes que de una manera especial hacen presente a Jesucristo el buen samaritano, llevando hasta los enfermos el bálsamo del consuelo en el dolor y la gracia de Cristo a través de la eficacia de los sacramentos de la penitencia, de la unción de enfermos, de la Eucaristía. En este Año sacerdotal, el Papa pide a los sacerdotes que atiendan especialmente a los enfermos, como hacía el santo Cura de Ars, visitándolo en sus casas y en los hospitales. Y pide a los enfermos que ofrezcan sus sufrimientos especialmente por la santificación de los sacerdotes.

Este mundo del sufrimiento tiene su origen en nuestra naturaleza frágil, que se rompe fácilmente, y en el misterio del pecado original con el que todos nacemos heredado de nuestros primeros padres. Pero Jesucristo ha convertido precisamente este mundo del sufrimiento en lugar y modo de expresión de un amor más grande, “para que se manifieste la gloria de Dios” (cf Jn 9,3). El ha cargado con nuestras miserias para perdonarnos y ha sufrido con nosotros y por nosotros para dar sentido al sufrimiento humano. Por eso, nos recuerda el Papa, “lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que sufrió con amor infinito” (*Spe salvi* 37).

Entre los retos con los que se encuentra el mundo de la salud hoy está la humanización de la medicina y de la atención a los enfermos en los centros de salud. Se han generalizado a Dios gracias los servicios sanitarios, llegando con gran eficacia a toda la población. Eso lleva consigo la masificación de las pruebas diagnósticas, las listas de espera para las intervenciones quirúrgicas y muchas veces el tratamiento del enfermo como uno más de la fila interminable que acude a los servicios de salud. A

la generalización de los servicios sanitarios debe corresponder una ampliación proporcionada del personal que atiende tales servicios.

En esta perspectiva humanizadora de la salud nos encontramos con la delicada situación de los enfermos terminales, a los que se ofrecen tratamientos paliativos de altísimo costo. La Iglesia nos enseña que no está permitido el encarnizamiento terapéutico, es decir, la aplicación ilimitada de medidas para prolongar la vida desproporcionadamente. Pero al mismo tiempo nos recuerda que la dignidad de la persona exige que una vez iniciados los tratamientos especiales, no deben interrumpirse nunca los que garantizan la alimentación y la higiene de la persona enferma, Nunca será ético desconectar el respirador o la sonda de alimentación al enfermo terminal, por mucho tiempo que lleve con ello. Podríamos decir que una muerte digna es la que se vive asistido por el cariño de los suyos y teniendo al alcance los medios ordinarios de alimentación e higiene que una persona necesita.

Oremos hoy por todos los enfermos, por los que los atienden y asisten, por todos los que trabajan en este campo de la salud para bien de las personas y de la sociedad.

Nos acercamos a Cristo para recibir de él el bálsamo de su gracia, especialmente eficaz en el sacramento de la Unción de enfermos, para participar del sentido del sufrimiento que él ha vivido y nos ha enseñado.

“El que me ama guardará mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos morada en él” (Jn 14,23). Que el Espíritu Santo nos haga entender esta palabra de Jesús, fuente de consuelo para todos, y que María santísima que estuvo junto a la cruz de su Hijo nos haga percibir su presencia maternal en el lecho de dolor.